

## IX. Minas, trincheras y tiradores<sup>376</sup>

El día 28 de febrero de 1939, frente al pozo 410 ubicado junto al edificio de la Academia de Música (donde ahora se levanta la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Aeronáuticos), estalló la última voladura de los dinamiteros republicanos causando un embudo de veinte metros de diámetro. Diez días antes, mil kilos de dinamita se llevaron por delante a dos legionarios, causando cuadros de intoxicación por gases a otros cinco en el ramal izquierdo del pozo B-6 bajo el sector del Parque del Oeste.

La misma víspera de la entrada en Madrid de la vanguardia de Losas, el 27 de marzo, los equipos de zapadores y minadores del ejército de Franco cortaron los cables de varias minas preparadas para explotar, la principal una de trece toneladas bajo el Clínico, dos de seis y cuatro toneladas respectivamente en Agrónomos y otras dos de cinco toneladas en el Parque del Oeste.

En el otro bando, también el edificio de la Academia de Música fue el lugar elegido por los sublevados para detonar la última carga de dos mil seiscientos kilos de dinamita el 21 de marzo de 1939, poco menos de un mes después de causar ocho muertos en las filas republicanas, al estallar una con-tramina en el pozo n.º 273 del sector de Firmes Especiales.

Como venimos reiterando a lo largo de toda la obra, es cierto que el 23 de noviembre de 1936 la ofensiva sobre Madrid, al menos en su versión de ataque frontal, se detuvo, pero ello no supuso en absoluto que la muerte no rondara la Ciudad Universitaria y sus alrededores hasta prácticamente el último día de la guerra, como pueden dar triste fe esos últimos diez soldados abati-

<sup>376</sup> <https://dx.doi.org/10.5209/his.004.10>  
*Del Manzanares al Clínico. La lucha por la Ciudad Universitaria.* Raúl C. Cancio Fernández.  
© Ediciones Complutense, 2025.

dos en la nueva forma de guerrear que se instaló en este escenario a partir del mes de diciembre de 1936.

De los registros compilados en *La guerra de minas en España 1936-1939. Contribución al estudio de esta modalidad en nuestra guerra de liberación* (Madrid: Estado Mayor del Ejército-Servicio Histórico Militar, Imprenta del servicio Geográfico del Ejército, 1948); en la *Breve historia de la Guerra de Minas en la Ciudad Universitaria*, del teniente coronel Fernández Prieto<sup>377</sup> y en el Informe de la Comandancia de Ingenieros nacional sobre La Guerra de Minas en la Ciudad Universitaria y otros sectores del frente de Madrid<sup>378</sup>, se desprende que, desde el 11 de diciembre de 1936 hasta el final de la guerra, las minas republicanas causaron un total de 798 bajas en el ejército rebelde, 314 de los cuales fueron muertos, y 484 heridos de diferente consideración<sup>379</sup>.

Adviértase que en estas casi ochocientas bajas, no se han computado las causadas por fuego de francotirador, las generadas por los esporádicos asaltos que se produjeron entre las trincheras más próximas<sup>380</sup>, aquellas otras que se derivaron de las operaciones de ruptura que el bando republicano desarrolló tras la interrupción de la ofensiva<sup>381</sup> ni, finalmente, las imputadas al fuego amigo<sup>382</sup>. En otras palabras, unas cifras que desmienten la aparente quietud bélica que siguió al 23 de noviembre de 1936, resultando por el contrario que durante los dos años y medio siguientes la cuña injertada fue foco constante de preocupación para los unos y los otros.

La nueva situación militar también exigió al mando republicano reorganizar su sistema defensivo, agrupando pequeñas unidades en otras de mayor entidad y estructurando el frente en cuatro grandes sectores<sup>383</sup>: el primero, al mando de Kléber, para cubrir un amplio arco desde el río Perales, a la altura de Valdemorillo, hasta la Facultad de Medicina de la Ciudad Universitaria, quedando empeñadas en esta línea las Brigadas 3<sup>a</sup>, 5<sup>a</sup>, E (1<sup>a</sup> Brigada Móvil de Choque y después 10<sup>a</sup>, al mando de El Campesino<sup>384</sup>), XI y XII, así como la Columna *Barceló*.

<sup>377</sup> AGMAV, Z/N, R9, A16, L16, Cp22, D1, F1 a 20.

<sup>378</sup> AGMAV, Z/N, R258, A33, L5, Cp7, D5, F3 a 12 (C1956).

<sup>379</sup> AGMAV, Z/N, R9, A16, L16, Cp22, D1, F1 a 20. Vid Anexo n.º 19.

<sup>380</sup> Asalto del batallón franco-belga con grandes pérdidas para los brigadistas.

<sup>381</sup> Como por ejemplo el fracasado ataque simultáneo desarrollado por la 4<sup>a</sup> Brigada de Romero sobre Casa Quemada, Garabitas y el Clínico, el 1 de diciembre, con el fin de estrangular la bolsa rebelde, que se saldó sin embargo con un alto número de bajas, sobre todo producidas en el sector defendido por la columna de Bartomeu.

<sup>382</sup> Recuérdese las más de sesenta bajas causadas por la aviación propia al Tabor de Regulares de Tetuán el 25 de noviembre cuando se proponían asaltar la Cárcel Modelo.

<sup>383</sup> AGMAV, Z/R, R98, A97, L968, Cp24, D1, F1, 2 y 3.

<sup>384</sup> AGMAV, CGG, R35, A5, L290, Cp1, F64.

El segundo sector conectaba con la Facultad de Medicina y el vértice del Clínico, para finalizar en la Puerta del Angel, siendo su comandante Álvarez-Coque que tenía bajo sus órdenes las Brigadas 2ª, 4ª e Y (XL) de Ortega y un batallón de guardias de asalto como reserva.

El teniente coronel Mena se hizo cargo del tercer sector que se extendía hasta Villaverde, desplegando las columnas de Arce, Prada y Bueno, finalizando el sistema defensivo en La Marañosá, último de los cuatro sectores señalados y cuya defensa se encomendó a Líster y su 1ª Brigada Mixta.

Toda vez que en páginas anteriores ya tuvimos ocasión de describir el *modus operandi* de los tiradores de ambos ejércitos, así como las estructuras defensivas que una y otra facción establecieron en el perímetro de la Universitaria, a continuación es momento de analizar con cierto detalle la guerra de minas que se instaló en el subsuelo de la Ciudad Universitaria examinando en primer lugar cómo los contendientes hubieron de crear y organizar unidades especializadas para esta lucha, para continuar con un relato pormenorizado de las acciones y detonaciones más importantes llevadas a cabo por los equipos de especialistas de uno y otro bando.

## **9.1. Antecedentes remotos y cercanos de la guerra de minas en España**

Puede decirse que la guerra de minas –entendida no solo desde el punto de vista exclusivamente deflagratorio, sino también como técnica de excavación de galería de mina para socavar los parapetos enemigos– es tan antigua como la propia humanidad si atendemos a las primeras referencias que se encuentran de esta *praxis* en el arte de guerrear.

En el Libro de Josué, sexto libro bíblico del Antiguo Testamento y primero del *Nevi'im* hebreo, ubicado entre el Deuteronomio (último libro del Pentateuco) y Jueces, se cuenta la historia de la ocupación israelita de Canaán y narra el célebre episodio de la batalla de Jericó, cuyas murallas se desplomaron (6.1.-27) bajo el estruendo de las siete trompetas de los sacerdotes que custodiaban el arca de la Alianza.

Excavaciones posteriores han acreditado que el desplome de las murallas de la ciudad cisjordana no se debió, lógicamente, al estruendo de las tubas sino a una galería de mina socavada por las legiones israelitas que debilitaron un sector amurallado hasta hacerlo colapsar. Historiadores clásicos como Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación*. Libro IV, capítulo XXII, Gre-

dos, Madrid, 1993) o el griego Polibio (*Historias*. Gredos, Madrid, 1983) nos cuentan cómo Servilio, en el sitio a Fidenes, logró introducir a las cohortes romanas en el interior de la ciudad etrusca merced a galerías subterráneas o cómo fue el empleo de minas por parte del rey Filipo III de Macedonia para abrir brechas en las murallas de Teba.

La galería de mina como arma de guerra se perfeccionó exponencialmente con la incorporación de la pólvora a la misma, aunando así a los efectos ya conocidos del horadamiento, la fuerza explosiva del carbono, del azufre y del nitrato de potasio. Y es significativo que tal combinación fuese obra de un ingeniero español: Pedro Navarro, quien bajo el mando del *condottiero* Piero del Monte participó en el asedio al castillo de Sarzanello (1487) en Sarzana (La Spezia), donde ensayó por primera vez su técnica de uso de minas terrestres militares, de la cual es considerado su perfeccionador<sup>385</sup>.

El sistema consistía en excavar túneles hasta los cimientos de los muros de las fortificaciones llenándolos de pólvora (utilizada por primera vez para este fin por Navarro) de modo que, al hacerlos estallar, los muros se derrumbaban facilitando el posterior asalto.

Posteriormente, y ya al servicio del Gonzalo Fernández de Córdoba, fue Cefalonia la plaza sometida a asedio. En la fortaleza de San Jorge de esta ciudad defendida por jenizaros al mando de un capitán albanés llamado Gisdar, Navarro pudo probar una nueva composición de la pólvora para las minas, además del azufre, el cual se introducía ardiendo en las troneras abrasando a los defensores y provocando que abandonaran las defensas para evitar sus gases venenosos. No consiguió derribar completamente el muro, pero el 2 de noviembre de 1500, al minar con bateles al nivel del mar las rocas sobre las que se asentaban las murallas del castillo, logró derribar un gran lienzo de aquel por cuya brecha se inició el ataque al castillo defendido por la guarnición turca.

También a las órdenes del Gran Capitán tomó parte como capitán de Infantería y Artillería en la victoria de Ceriñola (28 de abril de 1503). Prosiguió la conquista de la península itálica y el día 15 de mayo cayó en manos españolas la población de Nápoles, quedando aún en poder de los franceses el *Castello Nuovo*. Al ser esta fortaleza casi inexpugnable, se encargó a Navarro que preparase una de sus minas. Bajo la cobertura de la artillería puso a trabajar a los zapadores junto a la muralla y mandó introducir barriles de pólvora en las excavaciones (una de ellas bajo el polvorín francés) para luego cerrarlas totalmente. El 11 de julio el Gran Capitán desplegó soldados en el

<sup>385</sup> Lucas de la Torre, *La Academia del Gran Capitán: Pedro Navarro*. (Madrid, 1910).

campo para simular un asalto y la guarnición francesa tomó posiciones en las almenas. Entonces Navarro ordenó prender fuego a la pólvora y el consiguiente estallido desplomó una parte de la muralla (arrastrando en la caída a los defensores ahí situados) por donde entraron luego los españoles para rendir finalmente la ciudadela al día siguiente.

A continuación, Fernández de Córdoba se dirigió con la mayor parte de las tropas a Gaeta para expulsar totalmente a los franceses del reino y dejó a Navarro al frente de la conquista de la otra fortaleza de la capital napolitana: el Castel dell'Ovo, cosa que éste hizo siguiendo el procedimiento anterior. Todos estos acontecimientos y la forma de su realización, unidos a la masiva destrucción que producían, se difundieron rápidamente por Europa por lo que se le reconoció a Navarro, incluso se llegó a denominarle, como el inventor de la mina moderna militar.

Años antes, no obstante, la reconquista española no estuvo exenta tampoco de esta novedosa técnica militar y Muley Hasán, rey de Granada entre 1464 y 1482, ante la pérdida de Alhama ante los cristianos, dispuso que se cargaran las minas con pólvora y se volaran sus muros.

La eficacia de la mina de pólvora como arma de conquista de las ciudades fue tal que muchas de ellas se entregaban en cuanto tenían conocimiento de que se estaban minando sus muros. Sin embargo, y de manera paulatina, los sitiados fueron ingeniándose para combatir la eficacia de la mina, y aunque en los sitios de Padua (1509), Marsella (1524), Nápoles (1529) Ostende (1601-1604) o Arrás (1654) ya se empleó el recurso de la contramina, no será hasta el sitio de Candía –actual Heraklion, Creta– (1648-1669) cuando la auténtica guerra de minas se instale; ya no será el sitiador turco el único que horade e instale el hornillo para acabar con las defensas enemigas, sino que enfrente va a tener a otra unidad de arcaicos zapadores –los caballeros de Malta– no solo listos para desarticular los explosivos, sino para contraatacar con nuevas cargas.

En los anales bélicos españoles, el empleo de la contramina ha tenido un papel esencial en páginas tan importantes como el sitio que el emperador de Marruecos puso a la plaza de Melilla el 9 de diciembre de 1774; en los castillos de Monzón, Burgos y Montjuic o en los sitios a las ciudades de Zaragoza, Astorga, Ciudad Rodrigo, Valencia, San Sebastián Tortosa y Gerona durante la Guerra de la Independencia (1807-1814).

La guerra de mina siguió siendo un arma de considerable eficacia en las guerras ruso-turca (1828) –sitio de Brailow–; Crimea (1854) –sitio de Sebastopol–; ruso-japonesa (1905) –sitio de Port-Arthur–; la Primera Guerra Mundial (1914-1918)– Argonne, Coll de Lana–, y, cómo no, en la Guerra Civil

española, donde antes incluso de su utilización en el Frente de Madrid, pudo advertirse su manejo durante los sitios al Alcázar de Toledo y Oviedo. Paralelamente a Madrid, Teruel fue asimismo escenario de guerra subterránea.

Ahora bien, tanto desde el punto de vista de la extensión en el tiempo de este tipo de combate, como del número de víctimas causado por él, como también, de la creciente complejidad de ramales, minas y pozos que se fueron tejiendo en el subsuelo madrileño, la guerra de minas de la Ciudad Universitaria fue sin duda el más violento y relevante de los escenarios donde se instaló esta técnica<sup>386</sup>, sobre la que en las páginas siguientes se va a profundizar.

## **9.2. 11 de diciembre de 1936: comienza la lucha subterránea**

Con los frentes estabilizados y las fuerzas ocupantes firmemente arraigadas sobre el terreno, el Estado Mayor republicano se dio rápidamente cuenta de que el mero hostigamiento de fusilería y mortero resultaría insuficiente para expulsar a las fuerzas sublevadas de sus reforzadas posiciones defensivas en los edificios de la Ciudad Universitaria más aún cuando, como ya vimos anteriormente, la proximidad de las líneas del frente hacía prácticamente inviable el bombardeo aéreo o el empleo de artillería pesada.

El mando republicano advirtió que era preciso para desalojar al intruso aprovechar las ventajas posicionales de las que gozaba el Ejército de la República y, entre ellas, se encontraba sin duda el conocimiento y posibilidad de acceso a la red de colectores circundantes a la Ciudad Universitaria, así como al incipiente entramado de distribución que se empezaba a construir como itinerarios estratégicos para el empleo de la guerra de minas<sup>387</sup> contra el enemigo, alcanzándolo desprevenido a través de los túneles del alcantarillado que discurrían bajo los edificios ocupados<sup>388</sup>.

Así fue como en la mañana del día 11 de diciembre de 1936 mineros de Peñarroya, Linares, La Carolina, Río Tinto y asturianos llegados a Madrid en el tren minero que los trajo a la capital el 19 de julio y con experiencia en el trabajo de mina al haber participado en las operaciones dinamiteras en el

<sup>386</sup> Ana García Herranz, «Guerra de minas y fotoperiodismo de guerra en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid: la Casa de Velázquez en la Guerra Civil español». *Historia y comunicación social*, 23 (1), (2018): 245-256.

<sup>387</sup> González Ruibal, *Guerra en la universidad*, 127.

<sup>388</sup> AGMAV, Z/N, R152, A27, L18 bis, Cp20, D1.

asedio al Alcázar<sup>389</sup> se internaron en el colector de San Bernardino. Un túnel que, desde Isaac Peral y la calle Enlace, giraba al oeste a lo largo del Parque del Oeste saliendo un ramal a la altura de las oficinas en construcción de la Ciudad Universitaria y la llamada *Casa Roja* –actualmente la zona del Pabellón de Gobierno de la UCM– en dirección norte y por el que este grupo de mineros progresó hasta los mismísimos cimientos del Clínico, en su ala sur.

A ocho metros de profundidad y levantando un muro de cemento en el testero reforzado con sacos de tierra, se colocó el hornillo con la carga de dinamita. A pesar de que las operaciones subterráneas se habían desarrollado desde días antes por parte de los mineros republicanos de manera sigilosa, ello no impidió que no pocos centinelas de la IV Bandera de la Legión que custodiaba el Clínico refirieran a sus mandos extraños sonidos y ruidos en el subsuelo, que en ningún caso vincularon con la operación minera. A las 9.30 horas un estruendo fenomenal sacudió la Ciudad Universitaria. El ala meridional del Clínico se derrumbó por la explosión de la mina colocada en sus cimientos arrastrando consigo a treinta y nueve legionarios de la IV Bandera.

La maniobra se completó, una vez detonada la carga y aprovechando la confusión y la precariedad posicional del enemigo, con un furioso ataque por parte de las fuerzas de choque republicanas parapetadas en la primera línea de trincheras de Ataulfo e Isaac Peral.

No obstante, y pesar de la sorpresa en las fuerzas legionarias, estas pudieron, no sin un elevado coste personal, mantener sus posiciones en el Hospital en una lucha cuerpo a cuerpo extremadamente violenta y empleando el escombros causado por la voladura como nuevos parapetos frente al atacante<sup>390</sup>.

Los hombres a las órdenes del teniente coronel Losas habían conseguido repeler el asalto de las unidades de Aureliano Álvarez-Coque tras la explosión de la mina, pero eran muy conscientes de la fragilidad de su situación. Los defensores de Madrid conocían el terreno, tenían acceso franco a la red de colectores y alcantarillado de la zona y además contaban con personal adiestrado en las operaciones de minas, germen de lo

<sup>389</sup> Juan Eslava Galán, *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*. (Madrid: Booket, 2013), 175.

<sup>390</sup> En el Diario oficial de la Legión, el comandante Vierna Trápaga refirió al respecto: «A V.S. da parte el comandante que suscribe, como confirmación del parte verbal dado en el día de hoy, de que a las 8.30 horas hizo explosión una mina en el subsuelo del edificio guarnecido por esta unidad y hacia el frente sur del mismo, ocasionando el derrumbamiento del cuerpo central, quedando sepultados los componentes de una sección y un pelotón de la 10ª compañía, así como los de una escuadra de la compañía de ametralladoras. En total unos cincuenta hombres». (Carlos Inieta Cano, *Memorias y recuerdos. Los años que he vivido en el proceso histórico de España*. Barcelona: Editorial Planeta, 1984).

que posteriormente sería el Batallón de Servicios Especiales, unidad especializada en este tipo de lucha.

Por el contrario, entre las fuerzas sitiadas en el campus universitario, además de carecer de las facilidades de acceso a la red de servicios como tenía el enemigo y de la complicadísima facultad de movimientos al estar prácticamente enfilado todo el sector ocupado, no existía una unidad de minadores específica como disponía el adversario, debiendo contar únicamente con los cincuenta elementos de la 4ª Compañía del Batallón de Zapadores n.º 7 para las labores de lucha contramina que por entonces tenía como cometidos esenciales la fortificación de las posiciones de la Ciudad Universitaria, el establecimiento de un contacto seguro con la Pasarela de la Muerte y el tendido de cableado para las transmisiones.

Esta inferioridad material y técnica –podían verse por todo el frente a moros y legionarios con la oreja pegada a la cantimplora (el «cantimplorófono») o a un tubo metálico como únicos y rudimentarios sistemas de escucha de zapa– se puso otra vez de manifiesto durante el mes de enero de 1937 al lograr los dinamiteros republicanos colocar tres nuevas cargas explosivas bajo el Clínico, dos el día 13, causando cuarenta bajas por enterramiento entre los legionarios de la VI Bandera que cubrían el ala oeste del edificio, y otra el 17 en el flanco sur, causando cuatro muertos y veinticuatro heridos, tras los ataques efectuados tras las detonaciones<sup>391</sup>.

Ello provocó que el comandante Vierna trasladase el grueso de su Bandera al Asilo de Santa Cristina, dejando en los escombros del Clínico una compañía de fusiles y una sección de la compañía de ametralladoras.

El día 18 de enero, la diezmada IV Bandera fue relevada por la IX, conocida como la *Franco* y creada a primeros de diciembre de 1936 en Talavera de la Reina a las órdenes del comandante José Niño González, que murió al frente de su unidad durante el bautismo de fuego de la Bandera, el 3 de enero de 1937, en el avance sobre Majadahonda. Se componía de las compañías 33ª (luego 11ª), al mando del capitán José Peñarredonda Fernández; la 34ª (12ª), con el capitán Félix Paredes Camino; la 35ª (13ª), cuyo primer jefe fue el teniente Ramón Luque Chamorro, y la 36ª (15ª) de ametralladoras, con el capitán Eduardo Capablanca Moreno al mando. Si poco duró su primer comandante, breve fue el mandato del 2.º Jefe, el capitán Peñarredonda (luego ascendido a comandante) que entregó el mando al comandante Capablanca Moreno, quien a su vez al poco tiempo fue

<sup>391</sup> AGMAV, Z/R, R98, A97, L969, Cp13, D2.

relevado por el comandante Julio de la Torre Galán con el que la Bandera finalizó la campaña.

La superioridad republicana en el combate subterráneo y los resultados obtenidos en el sector del Clínico espolearon a la ya constituida Compañía de Minadores del Batallón de Servicios Especiales del Ejército de Centro a extender su radio de acción al sector de Carabanchel, continuando con el ataque minero en la zona del Parque del Oeste e inundando las trincheras rebeldes con el agua de un colector volado (23 de febrero y 6 de marzo). En Agrónomos partieron el edificio en dos sepultando a ocho soldados (11 de marzo), y en el Clínico de nuevo, volando la rotonda este y matando a doce legionarios de la IX Bandera (15 de marzo).

Desde su relevo con la maltrecha IV, la IX Bandera se había volcado en la defensa del Hospital trabajando incansablemente para mejorar las fortificaciones del edificio y rechazando los continuos ataques que en combates parciales trataban de averiguar la resistencia de la línea defendida por la Bandera. Es decir, además de la táctica subterránea, entre el 2 y 9 de febrero de 1937 se intensificaron los fuegos de artillería y morteros ocasionando veinte bajas entre muertos y heridos, culminando en la madrugada del día 10 en el que se produjo un violento ataque de carácter general en el sector, en el que grupos de brigadistas lograron traspasar las defensas del Clínico<sup>392</sup>.

El Jefe de la Bandera reunió a varios hombres de las distintas compañías, los más idóneos para el combate en población y comenzó a realizar una sistemática tarea de limpieza logrando que al atardecer no quedara ni uno dentro del edificio. Los ataques de concentración sobre éste se sucedieron los días 23 de febrero y muy especialmente los días 3 y 11 de marzo, debiendo destacarse

<sup>392</sup> I Cuerpo de Ejército. Informe del Sector de Vanguardia (Ríos Capapé) al Jefe de la División Reforzada de Madrid (DRM) sobre el frente de la Ciudad Universitaria. AGMAV, Z/N, R80, A21, L2, Cp3, D1, F1 y 2. «La posesión por el enemigo de nuestra línea del Parque del Oeste no produciría gran mejora de sus posiciones ya que nuestra línea es favorable para la defensa y desfavorable para el enemigo en cuantos asaltos intenta.

Parece que el enemigo pretende cortar este sector por una línea entre el Parque del Oeste y Agrónomos para dejar aislados el Hospital Clínico, Asilo de Santa Cristina e Instituto de Higiene, del resto de la Ciudad Universitaria.

Para ello es preciso: primero apoderarse de nuestras trincheras del Parque del Oeste y, por consiguiente, de la Residencia de Estudiantes, en construcción, de la Fundación del Amo y Veterinaria. Segundo: apoderarse de Agrónomos y unas casas a su retaguardia, próximas a la Casa de Velázquez.

Para contrarrestar este plan he tomado las siguientes decisiones: fortificación de nuestras líneas en el Parque del Oeste, protegiéndolas contra morteros y cañones, para eliminar bajas. Segundo: la construcción de un camino cubierto entre Agrónomos y el Hospital Clínico. Tercero: la construcción de contraminas y de pozos de escuchas en el Clínico, Instituto de Higiene y Agrónomos. Cuarto: Reconocimiento y exploración de alcantarillas, difícil por la carencia de planos».

en la defensa del polvorín la actitud el alferez Alfeisán quien, con cinco cabos y quince legionarios, fue capaz de repeler los contumaces intentos de asalto del enemigo<sup>393</sup>.

El día 18 de marzo era una fecha determinante o así lo pretendía el Estado Mayor de Rojo. Plenamente activadas también la 2ª y 3ª Compañía de Minadores del batallón de Servicios Especiales se dictó una orden de operaciones en la que se detallaba un ataque coordinado con seis minas que deberían explotar en la Fundación del Amo, en el Clínico, en Agrónomos y en el Instituto de Higiene, es decir, en vértices defensivos claves de la línea enemiga, diseñando a continuación un ataque general en todo el frente para aprovechar el éxito de las voladuras.

A primera hora de la mañana del día referido se produjeron las detonaciones, iniciándose a continuación el simultáneo ataque sobre las posiciones demolidas que, sin embargo, y una vez más, fue repelido por los defensores. En esta jornada murieron veintitrés legionarios y ciento veinticinco resultaron heridos.

La IX Bandera volvió soportar los embates de la lucha soterrada y así entre los días 9 de abril y 21 y 28 de junio sufrió un total de veinticuatro muertos y cincuenta y tres heridos a causa de seis minas bajo el Clínico, a las que aún, y dada la escasez de personal y las prioridades operativas de la Compañía de Zapadores, no pudieron hacer frente.

Además, la excavación en el sector noreste del Clínico de una mina desde el talud que cubre la actual calle Severo Ochoa, en el ángulo sur de Medicina, permitió a las unidades republicanas trazar una galería que a la altura de la esquina oeste del hospital se articulaba en tres ramales, dándole forma de tridente y popularmente conocida como Mina del Tenedor. Meses después (el 24 de noviembre de 1937) ese ramal se cebó con varios cientos de explosivo y tras su deflagración, asomó el último embudo de mina que permanece visible al día hoy en el Pinar del Clínico<sup>394</sup>.

Durante el resto del verano de 1937 y a pesar de que la supremacía republicana se mantuvo indemne, se advierte cómo el bando sublevado, además de defenderse de los asaltos posteriores a las deflagraciones, comenzaba también a tomar la iniciativa en determinados sectores logrando contraminar al enemigo en numerosas ocasiones.

Así, el 7 de julio, los zapadores de la 4ª y 7ª Compañía detectaron al enemigo trabajando en una mina de una longitud de diez metros horadada desde

<sup>393</sup> AGMAV, CGG, R14, A3, L214, Cp12, F4.

<sup>394</sup> Carlos Iriarte Aguirrezabala, «“El Tenedor”: historia de la mina de las rutas de GEFREMA por el entorno del Clínico». *Frente de Madrid: boletín trimestral de GEFREMA*, n.º 44 (2024): 71-76.

la casa de la Bombilla en dirección a la posición del Martillo. Dos sargentos y tres soldados penetraron en la galería republicana y descubrieron allí a minadores del Batallón de Servicios con quienes intercambiaron fuego de ametralladora, desalojándolos y cegando la galería, que fue detonada a las diez de la noche, dejando al descubierto la red de trincheras y galerías de los republicanos<sup>395</sup>.



**Figura 73. (Raul C. Cancio). Aspecto actual del embudo de mina situado en el pinar al noroeste del Hospital Clínico. Al fondo, las terrazas de la Facultad de Medicina.**

Posteriormente, los días 13 y 14 de agosto se cargaron tres nuevas contraminas que desbarataron el trabajo del adversario, culminando estas operaciones con la mina<sup>396</sup> practicada por los sublevados y detonada el 25 de agosto bajo el edificio de Odontología, que además de destruir el observatorio republicano ubicado en él, causó veintidós bajas en sus filas. El bando

<sup>395</sup> AGMAV, Z/N, R258, A33, L5, Cp7, D4, F23 (C1956).

<sup>396</sup> AGMAV, Z/N, R152, A27, L18 bis, Cp20, D1.

franquista ya no esperaba la voladura de la mina, sino que acudía a buscarla para neutralizarla e incluso realizarla él mismo, inaugurándose además una nueva forma de combate cuerpo a cuerpo subterráneo entre zapadores de una y otra facción<sup>397</sup>.

Sin embargo, para desarrollar esta labor de zapa y contraataque las fuerzas de Varela todavía eran netamente inferiores al adversario, lo que fue aprovechado por éste para desplegar un nuevo ataque masivo el 27 de agosto siguiente con la colocación y detonación de once minas repartidas entre el Parque del Oeste y el Clínico, causando treinta y nueve enterrados en los desmontes del Parque, incluyendo a un capitán de la X Bandera y otros treinta de la misma unidad en las fachadas sur y noroeste del Hospital.

A principios de septiembre de 1937, la 7ª Compañía de Zapadores puede considerarse ya como la primera Unidad de Minadores del ejército sublevado en Madrid, asumiendo competencias exclusivamente relacionados con la lucha de minas y eximiéndola de labores de construcción y fortificación<sup>398</sup>.

Ello no impidió que durante los meses de septiembre a diciembre el edificio de Agrónomos fuera literalmente pulverizado por las minas republicanas, sufriendo especialmente sus efectos el 8.º Batallón de Toledo, con diez muertos y numerosos heridos, así como la recién incorporada Compañía de Minadores del Batallón n.º 8, creada durante el asedio a Oviedo y que una vez liberada Asturias quedo a disposición del mando de Madrid, que perdió a siete hombres en una contramina republicana el 31 de diciembre en el sector de Agrónomos.

<sup>397</sup> Tom Mangold y John Penycate, *The Tunnels of Cu Chi: A Harrowing Account of America's Tunnel Rats in the Underground Battlefields of Vietnam*. (Nueva York: Random House, 1986) y AGMAV, Z/N, R151, A27, L16 bis, Cp52, D1.

<sup>398</sup> Modificación del dispositivo de defensa por la guerra de minas – AGMAV, Z/N, R91, A22, L39, Cp11, D1, F7-8.

División 16ª – Orden de Organización n.º 4

«OBJETO. Modificar el dispositivo de fuerzas de la Ciudad Universitaria en previsión de una acción de conjunto de minas enemigas.

La Ciudad Universitaria se dividirá, para su defensa, en cuatro Sectores, uno por cada Unidad propia en línea.

En previsión de posibles voladuras, la actual densidad de ocupación de la línea de resistencia se llevará al mínimo, compatible con el mantenimiento de la integridad de la misma.

Las fuerzas retiradas de primera línea se escalonarán en profundidad, a distancia que den las posibles garantías de que no pueden ser afectadas por voladuras. Igual medida se adoptará con los Puestos de Mando, depósitos de municiones y centralillas de transmisiones.

Las reservas construirán, por sí mismas, fortificaciones que sean, al mismo tiempo, abrigos contra proyecciones de voladuras y que deberán permitir los contraataques para, después de una voladura, ocupar inmediatamente los embudos que se produzcan».

A principios de 1938 las fuerzas minadoras franquistas se componían de dos compañías, la 7ª y la 8ª, encuadrada la primera en el sector de Carabanchel<sup>399</sup> y la segunda en la Universitaria. A pesar de los esfuerzos de sus miembros, aún resultaba insuficiente el contingente ante la actividad desarrollada por el Batallón de Servicios republicano que en los primeros meses del año percutía reiteradamente sobre la Granja Agrícola y Agrónomos, realizando el 1 de marzo una demostración de potencia al explotar en la bodega del Palacete de la Moncloa diez toneladas de dinamita provocando el corrimiento de tierras del monte donde se asentaba el edificio, el cual quedó completamente destruido y las construcciones anejas, llegando los efectos al puesto de mando de la media Brigada ubicado en los chalés circundantes. A pesar de la violencia de la explosión y del castigo artillero que siguió, únicamente perecieron en el ataque quince de los sesenta y cinco rifeños del VI Tabor de Alhucemas sepultados<sup>400</sup>.

A pesar de ello y prueba de la cada vez mayor actividad minera de los franquistas, durante los meses de abril y mayo el Batallón de Servicios Especiales tuvo que dedicarse casi por completo –si exceptuamos la potente mina que el día 2 de mayo destruyó completamente el Instituto del Cáncer, el fortín de la carretera de La Coruña y la trinchera rebelde de la zona– a contraminar los trabajos del enemigo, trocándose por tanto la iniciativa de la actividad subterránea a éstos<sup>401</sup>.

Esta coyuntura provocó que, en ese mismo mes de mayo, el mayor-jefe del Batallón de Servicios Especiales elevara a la superioridad una memoria comprensiva del proyecto de reorganización de la unidad con el fin de cubrir con eficacia los servicios encomendados. Hasta esa fecha, el Batallón venía configurado por la Plana Mayor del Batallón y cuatro compañías con la siguiente estructura: la Primera Compañía (talleres), con ciento cuarenta hombres, con la misión de elaborar los montajes eléctricos necesarios, recogida de materiales, almacenamiento de elementos eléctricos, fabricación de sacos terreros, etc. Segunda y Tercera (Minadores): con 290 hombres cada una, dirigidos por un capitán, distribuyéndose en cuatro secciones cada compañía y a las órdenes de un teniente, de quien dependen los pelotones y escuadras adscritas a cada una, con sus sargentos y cabos correspondientes. La Cuarta compañía (construcciones y vigilancia), que agrupaba a 184 hombres, distribuidos en: Construcciones, Sección armada y Sección de es-

<sup>399</sup> AGMAV, Z/N, R131, A44, L5, Cp20, D1, F1.

<sup>400</sup> AGMAV (DN-A27-I.32, bis C-24).

<sup>401</sup> AGMAV, Z/N, R91, A22, L38, Cp7, D1, F2 a 4.

cuchas, estando a cargo de la primera sección los servicios de obras en general de cuarteles, comandancias, puestos de mando, duchas en los frentes, fortificación permanente, así como los apeos y demoliciones de edificios bombardeados. La sección armada tenía encomendada los trabajos de vigilancia para la protección de las fuerzas que trabajaban en los frentes.

Finalmente, la sección de escuchas realizaba servicios de prospección con aparatos eléctricos con el objeto de detectar los trabajos de mina y contramina efectuados por el enemigo.

A juicio del mando del Batallón y ante la progresión de la actividad minera enemiga consideró necesario introducir algunas modificaciones en el Batallón y así, en relación con la Primera Compañía, entendió que cada compañía de minadores debería contar con elementos propios en lo que afecta a instalaciones de alumbrado, ventilación y desagüe de las minas; de la misma manera, resultaba inoperativo mantener las competencias de almacenamiento de material cuando para la recuperación de materiales ya existía una Junta de Recuperación así como un parque de almacenaje a cargo de la Compañía de Parque de Ingenieros del Ejército del Centro.

Para las dos compañías de minadores, la memoria consideraba necesario ampliar las plantillas de las mismas en un sargento, dos cabos y un herrero, un ayudante, cuatro instaladores electricistas y cuatro mecánicos encargados del funcionamiento de la maquinaria de ventilación y agotamiento de las minas. Por último, para lograr también una mayor eficacia de los servicios auxiliares, la sección armada de la Cuarta compañía debería estructurarse en cuatro secciones independientes: Armada, encargada de la vigilancia y protección de las instalaciones; Escuchas, con la misma función antes descrita; Obras y Talleres, que complementará los trabajos propios de cada compañía de minadores, e Instrucción, con el fin de preparar a los nuevos reclutas que se incorporen a la unidad, especialmente los que vayan a desempeñar labores de geófonos, sin que puedan prestar sus servicios sin haber superado la fase de instrucción previa.

Junto con este nuevo organigrama del Batallón de Servicios Especiales<sup>402</sup>, el mismo 24 de mayo de 1938 se elevó nueva propuesta en la que además de subrayar la necesidad de estas reformas, se proponía el cambio no solo de denominación de Batallón, pasando a denominarse de Minadores n.º 1, sino también de la propia estructura de la unidad, que además de

<sup>402</sup> Ejército del Centro. Organización de Ingenieros – abril 1938. AGMAV, Z/R, R501, A56, L550, Cp2, D3, F19.

la Plana Mayor del Batallón, contaría con cuatro compañías de minadores más una quinta de especialidades, análoga en su composición que la cuarta compañía del antiguo Batallón antes descrita, a saber, cuatro secciones de Armada, Escuchas, Obras y Talleres e Instrucción.

Con esta nueva estructura, la actividad minera del Batallón de Minadores n.º1 se reforzó considerablemente durante el verano de 1938, diversificando sus operaciones en varios frentes, desde el Pardo (11 de julio) a Villaverde (3 de agosto), pasando por todo el sector universitario, destacando la voladura en Palacete de la Moncloa –pozo n.º 2 de la mina 236– de 2 de agosto, sepultando a tres soldados y cuatro trabajadores y gaseando al alférez, sargento y soldados que fueron en su auxilio; el gran embudo cercano a la calle Cea Bermúdez provocado el día 8 de agosto en la cara este del Clínico, dejando enterrados a los centinelas que estaban de guardia o, finalmente, la mina del 16 de agosto en la Academia de Música que sepultó a treinta hombres y un oficial de la X Bandera del Tercio que ocupaba esa posición.

Durante ese verano de 1938, si bien la iniciativa de las operaciones mineras fue retomada por el Batallón de Minadores n.º1, ha de destacarse una operación de contramina por parte del bando sublevado especialmente reseñable, tanto por los efectos de la misma como por el oficial minador que la llevó a cabo, ni más ni menos que un teniente provisional, que como de todos es conocido, durante la guerra los tenientes provisionales fueron, junto con los alféreces de la misma procedencia, verdadera carne de cañón por su escasa instrucción y su empleo en tareas de alto riesgo («alférez de complemento, cadáver al momento»).

En efecto, el día 5 de agosto de 1938 una Compañía de Minas del Batallón de Zapadores Minadores n.º 7 que trabajaba en la galería del pozo número 214 de la Ciudad Universitaria y a la cual pertenecía el teniente provisional de Ingenieros Serafin de la Concha Ballesteros, alcanzó un colector de gran sección –X-597 200 Y-648 780– utilizado por el adversario como galería de mina.

Por el boquete practicado se dismantelaron los conductores eléctricos establecidos en dicho colector, detonándose en esta galería una carga de trilita aplicada contra el mencionado boquete con el fin de ampliarlo y gasear al mismo tiempo el conducto subterráneo enemigo, causando en la acción ocho muertos entre los minadores republicanos.

Después de varias acciones desarrolladas durante los dos días siguientes en las que incluso perdió la vida un cabo minador sublevado al precipitarse

en la detonación de la carga, el 8 se trató de asegurar la incomunicación de la galería contraria, ordenándose que se procediera a cargar un hornillo potente en el mismo lugar de la última voladura; pero al ir a colocarlo y observarse un hueco entre los escombros del fondo de la galería, el teniente De la Concha penetró en ella y arrastrándose por el citado hueco se acercó a unos sacos que allí había para examinar su contenido, viendo que se hallaban llenos de cajas de dinamita. Alertado del peligro que esas cajas representaban, decidió detonarlas inmediatamente, saliendo para preparar una carga-cebo. Con medio saco de trilita, provisto de cápsula y mecha ordinaria, llegó hasta el pie del hornillo enemigo y poniendo la carga en contacto con uno de los sacos de la mina le dio fuego, cortando así la galería y causando severas bajas al enemigo que atacaba por el otro lado de la galería. Una acción que le valió al teniente de la Concha la concesión de la Laureada de San Fernando<sup>403</sup>, merced a Orden de 3 de enero de 1944.

Al margen de acciones de inequívoca heroicidad como esta, lo cierto es que el mando sublevado no era ajeno al recrudecimiento de las acciones enemigas durante ese verano de 1938 lo que le obligó a reforzar los dos Batallones que, como ya vimos se encontraban ya empeñados en la lucha subterránea, el 7.º y el 8.º, con un tercero, el 6.º, constituyéndose desde noviembre de 1938 en el Grupo de Minadores del I Cuerpo de Ejército, cuyo mando le fue entregado al teniente coronel de Ingenieros Juan Petrirena Aurrecochea.

La independencia en el mando del que gozó este oficial le permitió organizar una agrupación extraordinariamente dinámica, repartiéndose el trabajo subterráneo de manera eficaz entre los tres batallones, centralizándose los servicios de material, escucha e información, con la consecuente mejora en el rendimiento de la unidad.

Y el éxito de la Agrupación<sup>404</sup> no puede ocultarse si atendemos a las estadísticas del periodo comprendido entre noviembre de 1938 y el final de la guerra<sup>405</sup>: durante esos meses, únicamente cuatro muertes fueron contabilizadas en el bando sublevado a causa de las minas republicanas, dos en el pozo B-7 mediante una carga que destruyó el 23 de diciembre de 1938 la esquina de la Fundación del Amo, apoderándose las fuerzas leales de treinta metros de galería enemiga y cien metros de línea, y otros dos el 18

<sup>403</sup> Vid. Anexo n.º 10.

<sup>404</sup> AGMAV, Z/N, R152, A27, L18 bis, Cp20, D1.

<sup>405</sup> AGMAV, Z/R, R58, A59, L668, Cp13, D1.

de febrero de 1939, en el pozo B-6 ramal izquierdo del sector del Parque del Oeste.

Además, en ese mismo periodo, la Agrupación de Minadores de Petirena provocó dieciocho muertos en el bando republicano, dos –entre ellos un oficial– el 17 de noviembre de 1938 en el pozo 723 del Parque del Oeste, cerca de la Cascada; ocho el 14 de diciembre del mismo año en los pozos B-6 y B-5 también del Parque del Oeste y otros ocho el 24 de febrero de 1939, esta vez en Firmes Especiales, pozo 273.

A la diferencia cuantitativa, la unidad minadora del ejército sublevado añadió un sustancial cambio en las pautas del combate, pasando de ser una fuerza defensiva que acudía allí donde el enemigo percutía, a convertirse en un grupo ofensivo que tomó la iniciativa de la lucha, como se puso de manifiesto en las acciones desarrolladas durante el otoño-invierno de 1938 y 1939 en el Parque del Oeste, desbaratando el trabajo de segunda línea de las fuerzas republicanas y envolviendo en ocasiones las propias galerías enemigas.

Un ejemplo ilustrativo de este cambio de actitud fue sin duda el proyecto no culminado de volar el Puente de los Franceses y desbarolar así todo el sistema defensivo republicano del sector. La mina, a 18 metros de profundidad y con graves problemas de evacuación del agua filtrada, estaba no obstante preparada, discurriendo desde Firmes Especiales hasta la orilla opuesta del Manzanares, pero la demora en el traslado de diez toneladas de explosivo frustró el ambicioso plan, que sin duda hubiera provocado un enorme daño a la organización defensiva en ese sector.

Como decíamos al inicio de este capítulo, el 28 de febrero y el 21 de marzo de 1939 se producen las últimas detonaciones efectuadas por ambos bandos en la Ciudad Universitaria<sup>406</sup> que, tras haber sido sus edifi-

<sup>406</sup> En el interior de la ciudad, la amenaza minera se mantuvo latente hasta su completa desactivación por los ingenieros sublevados (AGMAV, Z/N, R140, A43, L6, Cp24, F 8 a 10) 16ª División – Sin Fecha. *78 calles y puentes minados*: Glorieta de Gaztambide; Guzmán el Bueno; Plaza de la Moncloa; Patio de la Cárcel Modelo; Marqués de Urquijo; Puente de la Colonia de la Fuente de la Teja; Puente de la Reina Victoria; Glorieta de San Antonio de la Florida; Glorieta de San Bernardo; San Bernardo; Paseo de San Vicente; Campo del Moro (3 zonas); Paseo de Extremadura; Puente de Segovia; Segovia (tres zonas); Cuesta de la Vega; Puente de la República (Puente del Rey); Sacramento; Puerta del Ángel (dos zonas).

Carretera de Extremadura; Estación de Goya (tres zonas); Paseo de San Isidro (dos zonas); Cementerio de San Justo (cuatro zonas); Puerta de Toledo (dos zonas); Glorieta del Puente de Toledo o Pirámides (dos zonas); Puente de Toledo; Paulina Oliaga (límite de Madrid con Carabanchel Bajo); Argel; General Ricardos (en el límite con Carabanchel Bajo); Puente del Canal (Praga); Glorieta de la Condesa de Pardo Bazán (tres zonas); Puente de Andalucía (Princesa); Plaza de Legazpi (tres zonas); Puente Ferroviario de Madrid-Cáceres-Portugal; Barrio de Entrevías (Depósito de Máquinas);

cios, facultades y desmontes testigos de combates, asaltos, asedios y fortificaciones durante casi tres años, todavía sería escenario del acto final de la guerra.

Ferrocarril de Alicante (Caseta de Enclavamiento); Paseo de las Delicias; Ferrocarril de Atocha (MZA); Glorieta de Atocha; Pacífico (dos zonas); Doctor Esquerdo; Plaza de Manuel Becerra; Francisco Silvela (tres zonas); Ensanche de la Castellana – Nuevos Ministerios (dos zonas); Glorieta de Cuatro Caminos; Puerta del Sol (dos zonas).

Puerta Cerrada (dos zonas); Alcalá (cuatro zonas); Banco de España; Ministerio de Comunicaciones (Palacio de Comunicaciones); Serrano (minada en toda su longitud; Bravo Murillo (cargada una galería que llega hasta la Ciudad Universitaria).